

Mesa Panel sobre *Temor y temblor*

Participación de Ramón Xirau

Hay aquel dicho que ustedes conocen: “entre abogados te veas”. Yo estoy así: “entre especialistas te veas”. Aparte de esto quisiera decir que nos vamos a repetir mucho; pero eso es muy de Kierkegaard, es la repetición.

Por otro lado, quisiera recordar a dos personas que para mí han sido definitivas que me lanzaron a Kierkegaard: Miguel de Unamuno, que escribió aquel artículo “Ipse in Kierkegaard”. Unamuno es el segundo gran pensador existencial de Europa; y uno que han de conocer Jean Wahl que tiene un libro para mí todavía admirable, se publicó en 1938, *Etudes Kierkegaardiennes*, es un enorme libro de 800 páginas. Recomiendo los dos: uno muy breve —Unamuno— y otro muy amplio.

En un libro muy pequeño, pero admirable, titulado *De la melancolía*, Romano Guardini escribía en el año de 1953: “el hombre es la creatura de Dios. Le es imposible de agramarse en Dios sin más y no se le permite que lo haga. Todo camino hacia Dios pasa por la conciencia de una distancia infinita, por el respeto, por el temor y temblor de la creatura. El hombre es un ser a la imagen de Dios: espíritu y persona; lo más íntimo del hombre es exterior al mundo, y está frente a Dios, cara a Dios. Apto y destinado a percibir su llamado y a responderle”. Hasta aquí Romano Guardini.

Esto es la persona. O en términos que usa Kierkegaard, ya lo sabemos, el individuo. De ahí que Kierkegaard diga una y otra vez que lo que verdaderamente vale no es el yo, abstracto, sino el sujeto vivo, existente, individual. Y por ser sujeto, también

reunido, sujetado, a los demás y a la divinidad. El sujeto del cual nos habla Kierkegaard no es el yo de los filósofos, abstracto. Este yo —por ejemplo el de Descartes— conduce a un inevitable dualismo. Y en Kant se vuelve más abstracto cuando habla Kant de la unidad sintética de apercepción o del yo trascendental.

El yo al que remite Kierkegaard, si es que aquí podemos hablar de yo, es vital, es cosa de vida y muerte, es cosa de existencia, es cosa de trascendencia, es el sujeto. Cuando muy joven —hablo de los diarios— el año 1834, cuando Kierkegaard prácticamente inicia este *Diario*, recuerda que los grandes genios han sido vistos siempre como ciegos, porque “no vieron lo que vieron con ojo externo, sino que se les revelaba una intuición interna. Esta intuición es personal y es individual”. Nosotros tal vez, en nuestro tiempo, distinguiríamos entre persona e individuo, pero aquí estoy citando persona como equivalente, en el caso de Kierkegaard, a individuo.

Mucho más tarde Kierkegaard escribirá: “la verdad está en la subjetividad”. La objetividad que reina en el mundo de la ciencia, y así tal vez no estoy del todo de acuerdo con cosas que se han dicho esta mañana, cito a Kierkegaard: “la objetividad ha querido sacrificar los individuos de manera total, y tal es el problema”. Verdad es, pues, igual a subjetividad; y creo que volvemos un poco al tema; recordemos ahora un capítulo de *Temor y temblor*, el sentido kierkegaardiano de la paradoja, tan íntimamente unida a esta subjetividad.

En efecto, el Abraham de *Temor y temblor* es puesto a contradicciones constantes, es un sujeto y lo es de manera paradójica, puesto que en él, como en todos los hombres —aquí repito cosas que se han dicho—, en él lo particular es más alto que lo universal.

¿Habría que decir —me pregunto— que en cierta medida lo particular es aquí lo universal? Es posible. Pero qué sucede en este capítulo de *Temor y temblor*, este libro tan unido a la

experiencia vital de Kierkegaard, y como ustedes saben, a su biografía, y a la única que podía entenderlo, según él, a Regina Olsen. Antes de contestar a la pregunta quiero recordar la importancia que tiene la paradoja en su obra.

Remito por lo pronto a diferentes momentos de los *Diarios*. En 1838, todavía joven, unos cinco años antes de *Temor y temblor*, escribía Kierkegaard: “la paradoja es el *pathos* de la vida intelectual”; y así como solamente en las grandes almas están expuestas a las pasiones, solamente el gran pensador del que se expone a lo que llamo paradojas, las vive todavía en estado embrional.

Unos meses más tarde, creo que de manera más definida y definitiva dice esto: “hay una manera —sigo con el *Diario*— de ver el mundo, según la cual la paradoja está más allá del sistema”. Es sabida la presencia de Hegel en Kierkegaard, también es sabida su reacción contra Hegel; y en conjunto contra lo que Pascal llamaba espíritu de sistema. Recuerden, Pascal defendía el espíritu sistemático, otra cosa es que estaba en contra del sistema maniático de hacer sistemas, espíritu de sistema.

La reacción frente a Hegel se encontraba ya en *De lo uno o lo otro* o *De esto o aquello*. Y desde este libro y a partir de él en toda la obra de Kierkegaard, se trata de una crítica continua de lo que Hegel llamaba mediación, cosa que repite también Kierkegaard.

Recuérdese que el método hegeliano consiste precisamente en tesis, antítesis y una síntesis que resuelve todo. Este resolver todo no convenció nunca a Kierkegaard, al contrario, había que elegir, no hay que mediar o mediatizar. Entonces Kierkegaard justamente lo que niega es este mediar, este decir que todo puede terminar sistemáticamente en una gran síntesis, en la cual se llega durante el proceso de desarrollo de toda la filosofía hasta llegar al espíritu absoluto.

¿Por qué hay que preguntar si no acepta Kierkegaard la idea de

una síntesis ni parcial, ni total o final? ¿Por qué cree en la vida, por qué cree en la libertad? La libertad solamente se ejerce si no mediamos, sino que nos lanzamos como debemos lanzarnos a escoger, a elegir durante todo el proceso de la existencia entre esto o aquello, entre lo uno y lo otro.

Pues bien, este no mediar, este estar en constante presencia de la apertura que representa el libre albedrío es la paradoja misma, la paradoja que nos hace y nos constituye, la paradoja que es toda existencia y también la de Kierkegaard. Él decía “la paradoja de mi vida” en su *Diario* de 1842. Esto lo repetirá varias veces.

Sabemos sobre todo y de manera esencial que la paradoja está en el centro mismo del Cristianismo, según Kierkegaard: Cristo es la paradoja, y lo es porque es al mismo tiempo Dios y hombre y siendo hombre estaba en Dios. Y en otros términos —esto es del *Diario* del año 1849— dice: “el Cristianismo es la paradoja según la cual la persona es de total importancia”. Y añade: “la paradoja reside en que la personalidad está por encima de la doctrina”. Y naturalmente la gran paradoja en el camino del saber es la fe.

En este libro que he releído, apasionado, terrible, difícil, complicadísimo que se llama *Temor y temblor*, la gran paradoja, la paradoja fundamental en todo el libro es la de la fe. Escribe Kierkegaard, cito: “la fe es la paradoja ya que en ella lo particular es más alto que lo universal”. Y esto lo repite si bien recuerdo tres o cuatro veces dentro del mismo libro.

Y en un párrafo importante y decisivo dice que la fe no está subordinada a lo universal, que es suprema en cuanto el individuo, en cuanto particular, está en relación absoluta con el absoluto. Esta posición no puede ser mediada, en el sentido que decíamos de Hegel, porque toda mediación lo es precisamente por virtud de lo general. Estamos para toda la eternidad en la paradoja, inaccesible al pensamiento, la fe es esta paradoja. Esta

última frase es de Kierkegaard.

Quiero recordar otra vez qué es la mediación, qué es esto de la mediación. Recuerden que en Hegel está la idea de que hay una tesis, una antítesis y una síntesis; lo que Kierkegaard quiere evitar es justamente la síntesis, es decir la mediación; y lo que quiere afirmar es escoger entre esto o aquello.

Si ahora referimos la paradoja a la conducta de Abraham, podemos decir que estamos en presencia de la paradoja: porque o bien el individuo puede estar en relación absoluta con el absoluto —y entonces la ética no es lo supremo—; o bien Abraham está perdido. No es un héroe ético, ni un héroe estético. Y sabemos también por otros escritos, que lo supremo no es lo ético: lo absolutamente supremo es la vida religiosa.

Dice Kierkegaard en el año 1840 en el *Diario* “el misticismo no tiene la paciencia de esperar”. ¿Por qué? Porque lo que busca es la religación divina. No puedo decir aquí nada más, a él no le gustaba mucho la mística; a mí me gusta mucho San Juan de la Cruz, hay una cosa en la que se parecen: el uso de la paradoja.

Vuelvo al sujeto, al individuo —se diría en nuestro tiempo *persona*—. Kierkegaard podría decir más allá de toda paradoja, siguiendo a su amigo San Agustín: *Amor meus, pondus meus*, el amor está por encima y más allá de la paradoja. Un amor unido a la fe y a la ley. Esta ley tan presente en el mundo protestante —el católico está un poco más sin ley—, tan presente en él, en toda la obra de Kierkegaard.

Se trata así en última instancia de conocer el amor. ¿Qué significa esta palabra para el creyente, para el hombre de fe? Lo diré al verlo en su origen, en su fuente, en la obra de Kierkegaard, en este libro que se llama *Obra de amor*. Dice Kierkegaard: “la vida del amor está escondida, pero su vida escondida es ella misma movimiento y contiene en sí lo eterno”. No podía suprimir esto que es muy hermoso. “Como las aguas tranquilas, por más que estén tranquilas son en realidad agua que

corre, así corre el amor; porque por más tranquilo que esté, en su ser es continuo. Pero las aguas tranquilas pueden secarse si la fuente deja de ser; la vida del amor tiene una fuente eterna. Y esto es *obra de amor*”

¿Cómo podríamos concluir? Pues parafraseando a Kierkegaard con una frase un poco deformada, pero en el fondo de él: que tenemos que ser subjetivos con los demás y objetivos con nosotros mismos; y este estar sujeto a los demás es obra de amor. Gracias.

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.